

La subnutrición en el mundo

Cuantificación de las personas hambrientas: tendencias a largo plazo en los países en desarrollo

Tanto en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación (CMA) de 1996 como en la Cumbre del Milenio de 2000 se establecieron objetivos para la reducción del hambre a la mitad entre un período de referencia (hacia 1990) y el año 2015. La fecha prevista se aproxima, pero no así la consecución de esos objetivos.

Aunque se han logrado progresos significativos hacia la consecución de la meta establecida en los objetivos de desarrollo del Milenio (ODM) de reducir a la mitad la proporción de personas subnutridas, será necesario acelerar el ritmo a fin de poder alcanzar el objetivo para el año 2015.

Lograr el objetivo de la CMA de reducir el número absoluto de personas hambrientas de casi 800 millones a 400 millones resultará más difícil, pues para ello se requerirán progresos mucho más rápidos (véanse los gráficos que figuran abajo). Se prevé que la población mundial crezca en unos 2 000 millones entre el período de referencia (1990-92) y 2015. Por lo tanto, incluso si se redu-

ce a la mitad la proporción de esa mayor población que está subnutrida, casi 600 millones de personas en el mundo en desarrollo seguirán padeciendo hambre crónica. Para alcanzar el objetivo de la CMA de 400 millones, la proporción de la población subnutrida debería reducirse no a la mitad, sino en dos tercios.

Progresos desiguales a nivel regional

Entre las regiones en desarrollo, sólo en América Latina y el Caribe se ha reducido la prevalencia del hambre lo suficientemente rápido desde 1990 como para alcanzar la meta de los ODM si se mantiene el ritmo actual. En la región de Asia y el Pacífico hay también buenas posibilidades de alcanzar esta meta si se logra incrementar ligeramente el ritmo de los progresos en los próximos años.

Por otro lado, la prevalencia del hambre en el Cercano Oriente y África del Norte es baja, pero está aumentando,

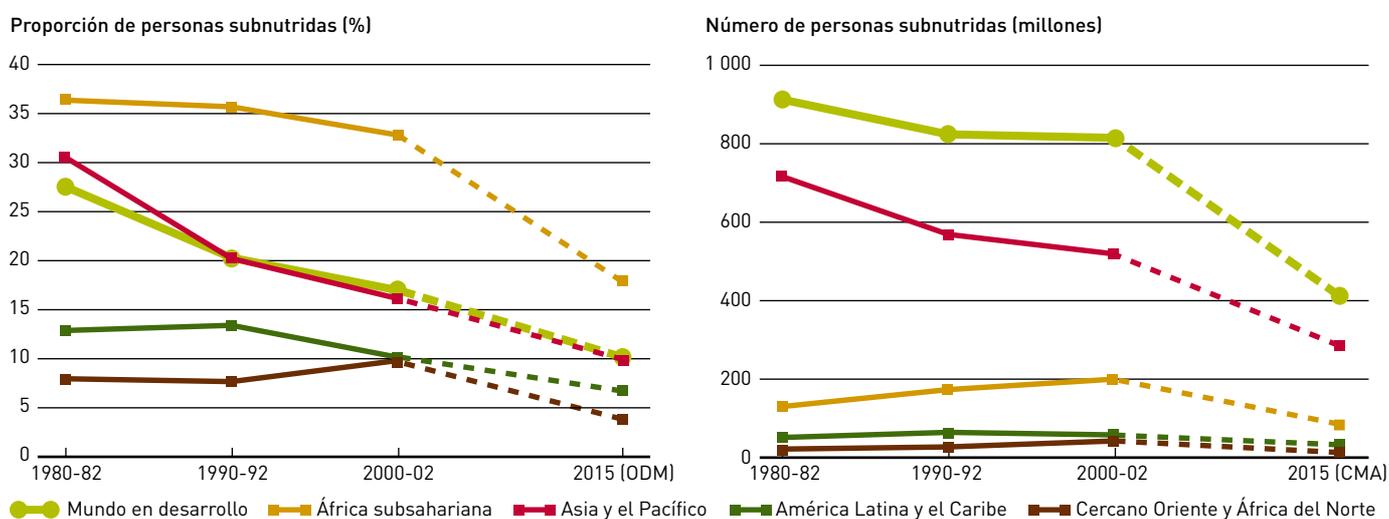
en lugar de disminuir. Para alcanzar el objetivo, debería invertirse la tendencia ascendente registrada en el último decenio en la región.

En el África subsahariana, la prevalencia de la subnutrición ha disminuido muy lentamente, aunque el ritmo de los progresos realizados mejoró en el decenio de 1990. Para poder alcanzar la meta de los ODM será necesario que en la región aumente considerablemente ese ritmo.

Los progresos hacia el logro del objetivo de la CMA han sido incluso más lentos y desiguales. Las mejoras a escala mundial en el decenio de 1980 se debieron en su totalidad a los progresos hechos en Asia. En todas las demás regiones en desarrollo, la realidad es que el número de personas hambrientas aumentó.

Desde el período de referencia de la CMA, los progresos se han ralentizado considerablemente en Asia y se han estancado por completo a escala mundial. Tan sólo en América Latina y el Caribe se invirtió la tendencia negativa

Tendencias a largo plazo en la proporción y el número de personas subnutridas por región, 1980-82 a 2000-02



Fuente: FAO

del decenio de 1980 y se registraron progresos durante los años noventa, si bien en el África subsahariana se logró reducir considerablemente el incremento del número de personas subnutridas.

Progresos de los países hacia la meta de los ODM

Para evaluar los progresos realizados hacia la consecución de la meta de los ODM a nivel nacional, es útil observar la relación entre la prevalencia del hambre en 2000-02 y la prevalencia en el período de referencia de 1990-92.

El hambre no es un problema en seis países en desarrollo donde menos del 2,5 por ciento de la población está subnutrida. Otros siete países ya han alcanzado de hecho la meta de los ODM al reducir al menos a la mitad la propor-

ción de personas hambrientas de su población.

Más de otros 40 países están realizando progresos hacia la consecución del objetivo, aunque en muchos deberá incrementarse el ritmo para lograrlo antes de 2015. En 23 países apenas se han registrado cambios y en 14 países la prevalencia del hambre ha aumentado.

Para poner en perspectiva estos números, es importante tener en cuenta los niveles de hambre en estos países. Si se dividen los países en grupos basándose en la prevalencia actual de la subnutrición, resulta evidente que los progresos han sido más difíciles allí donde el hambre está más generalizada.

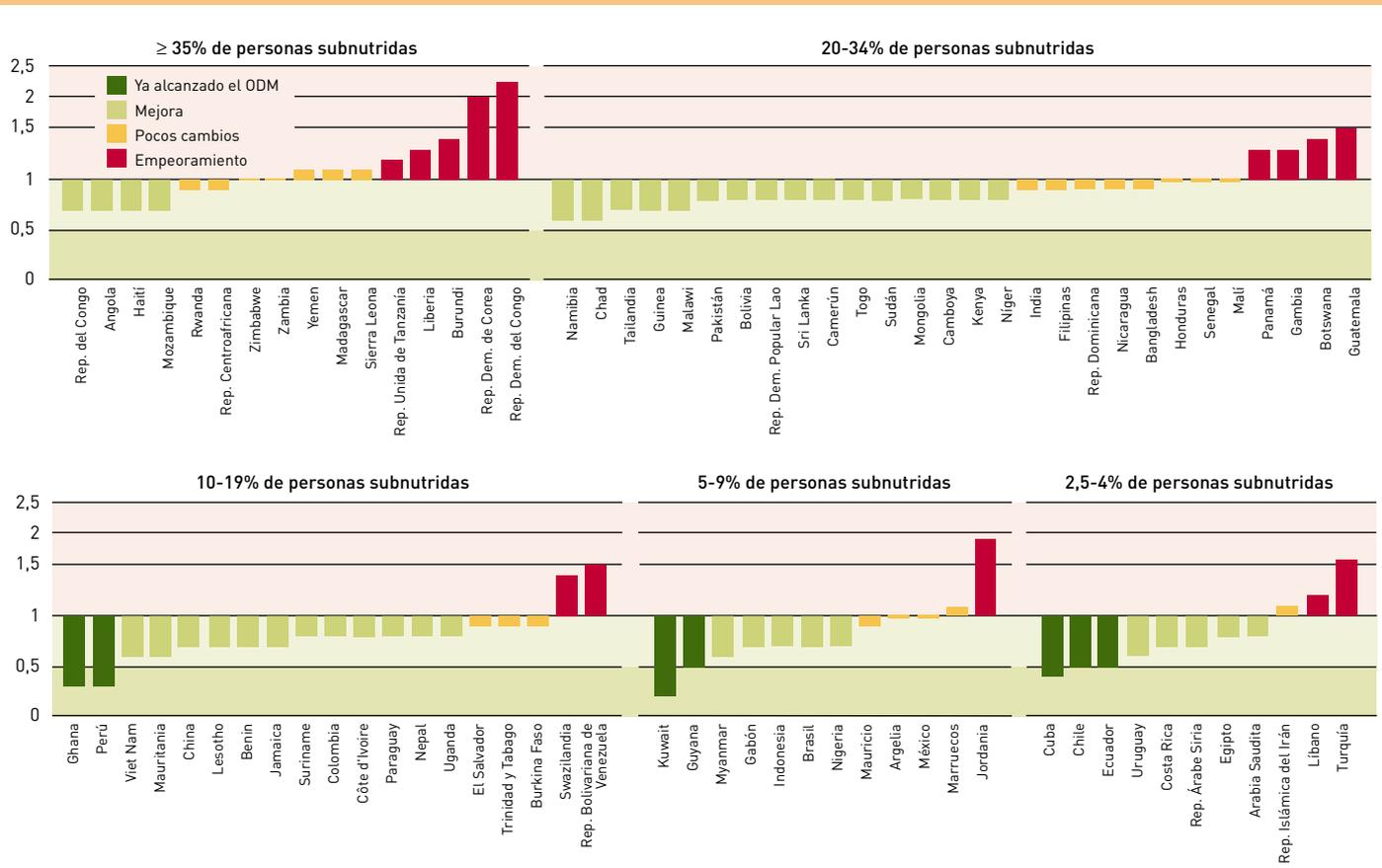
Sólo 4 de los 16 países donde más del 35 por ciento de la población está subnutrida están realizando progresos hacia la consecución de la meta de los

ODM. Ninguno lo ha conseguido aún. En los otros 12 países de este grupo, donde el hambre seguirá siendo uno de los principales problemas aun si se alcanza el objetivo, la prevalencia de la subnutrición o bien va en aumento, o bien no presenta realmente variaciones.

La mayoría de los países de todos los demás grupos ha logrado reducir el hambre, incluidos dos tercios de los países del grupo donde entre el 20 y el 34 por ciento de la población está subnutrida. No obstante, ningún país de este grupo ha alcanzado todavía la meta. En el otro extremo del abanico, 15 de los 23 países donde menos del 10 por ciento de la población está subnutrida están realizando progresos en la reducción del hambre, incluidos cinco países que ya han alcanzado la meta de los ODM.

Progresos y retrocesos: relación entre la prevalencia de la subnutrición en 2000-02 y en 1990-92

Países agrupados por prevalencia de la subnutrición en 2000-02 (Meta de los ODM = 0,5)



No se incluyen en el gráfico los países donde la prevalencia de la subnutrición es inferior al 2,5 por ciento ni aquellos sobre los que se dispone de datos insuficientes, como Afganistán, Iraq, Papua Nueva Guinea y Somalia. Etiopía y Eritrea no están incluidos porque no eran entidades separadas en 1990-92.

Fuente: FAO

La subnutrición en el mundo

Crecimiento económico y reducción del hambre

La lógica sugiere, y así lo confirman sobradas pruebas, que un crecimiento económico sostenido que permita aumentar la productividad y la prosperidad a nivel nacional tendrá como resultado la reducción del hambre (véase el gráfico, *infra*). Por ello, parecería posible deducir que los países sólo necesitan acelerar el crecimiento económico para alcanzar las metas de reducción del hambre de los ODM y la CMA.

Los análisis de distintos países realizados en el mundo en desarrollo indican, sin embargo, que el crecimiento económico por sí solo, a falta de medidas específicas para luchar contra el hambre, puede dejar atrás un gran número de personas hambrientas durante mucho tiempo, sobre todo en las zonas rurales. Estos análisis también han mostrado que el crecimiento económico tiene consecuencias mucho mayores sobre el hambre cuando se produce en las zonas rurales y en países que ya han creado condiciones fértiles a través del desarrollo rural y de los recursos humanos.

Si se comparan los índices de crecimiento económico de países agrupados según los progresos hechos en la reducción del hambre, no se desprenden pautas claras (véase el gráfico). Como cabe esperar, el grupo de países donde el hambre aumentó en el decenio de 1990 también registró los peores resultados económicos. Lejos de crecer, su producto interno bruto (PIB) per cápita disminuyó a un ritmo medio del 1,4 por ciento anual. Todos los demás grupos registraron mejoras.

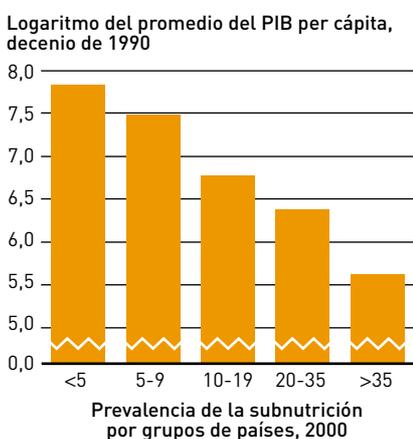
En estos otros grupos no existe una correlación evidente entre el ritmo de crecimiento económico y el ritmo de los progresos en la reducción del hambre. Paradójicamente, el grupo que realizó los progresos más rápidos en la reducción del hambre registró un crecimiento económico relativamente lento.

De igual modo, si se trazan gráficamente las variaciones en el PIB de cada país durante el decenio de 1990 en relación con los progresos realizados hacia la meta de los ODM de reducir a la mitad la proporción de personas que padecen hambre, la línea de tendencia es casi

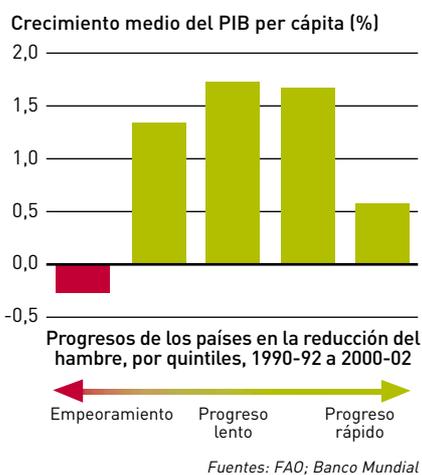
plana (véase el gráfico). Sin embargo, el análisis de las variaciones registradas durante un período más largo indica que el crecimiento económico y la reducción del hambre están sin duda relacionados. Si se realiza un gráfico de los progresos hacia la meta de los ODM respecto de los países que registraron un crecimiento económico positivo durante los decenios de 1980 y 1990, la línea de tendencia es claramente más pronunciada, lo que indica una correlación más estrecha entre el ritmo de crecimiento económico mantenido durante un período más largo y el de progresos en la reducción del hambre.

Esta tendencia indica que el crecimiento sostenido puede tener un efecto acumulativo y más acentuado en la reducción del hambre. Podría también interpretarse como prueba de que las consecuencias del crecimiento económico en el hambre sólo se hacen evidentes con el paso del tiempo. Un estudio de la FAO reveló que el crecimiento económico tarda más en tener consecuencias en la reducción del hambre que la mejora de la nutrición en el fomento del crecimiento económico.

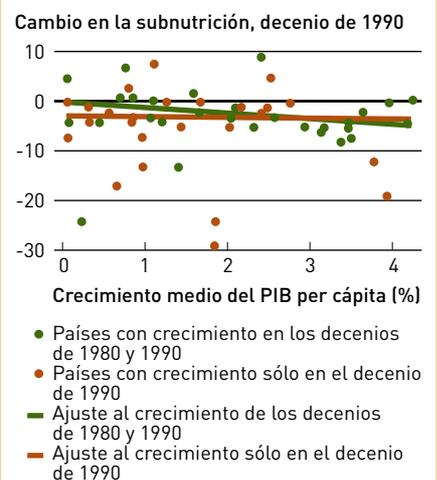
PIB en el decenio de 1990 y prevalencia de la subnutrición en 2000



Crecimiento el PIB en el decenio de 1990 y reducción del hambre, por quintiles



Crecimiento económico y reducción del hambre



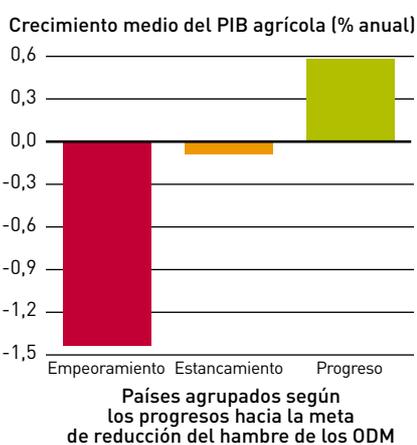


Sin duda, la relación entre el crecimiento económico y la reducción del hambre fluye en ambas direcciones. Un examen de los costos del hambre presentado en *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2004* concluyó que el valor actual neto de la pérdida de productividad a lo largo de toda la vida de aquellas personas cuyas capacidades físicas y cognitivas se ven mermadas por el bajo peso al nacer, la malnutrición proteico-calórica y las carencias de vitaminas y minerales esenciales equivale a entre un 5 y un 10 por ciento del PIB en el mundo en desarrollo. En otro estudio de la FAO se analizó la relación entre la ingestión de nutrientes y el crecimiento económico en Sri Lanka. Se observó que el crecimiento del PIB reacciona con rapidez a las mejoras en la nutrición: un incremento del 1 por ciento en el aporte proteínico produce un aumento del 0,49 por ciento en el PIB a largo plazo.

El papel fundamental del crecimiento agropecuario

Numerosos estudios han demostrado que los efectos del crecimiento económico en la reducción del hambre y la pobreza dependen tanto de la naturaleza del crecimiento como de su escala y velocidad. Por ejemplo, en un análisis realizado por el Banco Mundial empleando datos de la India, se observó que

Crecimiento del PIB agrícola en el decenio de 1990 y progresos hacia la meta de los ODM



El crecimiento económico y la reducción del hambre en Botswana y Perú, 1990-2000

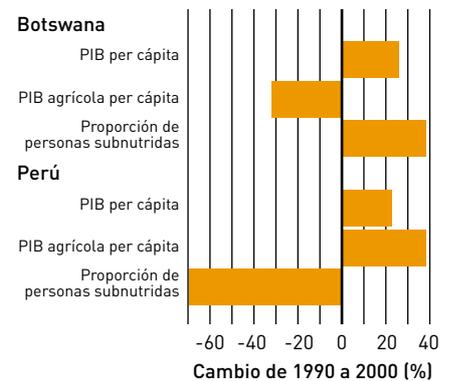
Tanto Botswana como Perú registraron un importante crecimiento económico durante el decenio de 1990. Pero por lo que se refiere a la reducción de la prevalencia del hambre, ambos países tomaron rumbos distintos. En Perú se redujo la prevalencia del hambre en casi un 70 por ciento, gracias a lo cual se alcanzó la meta de los ODM 15 años antes de lo programado. En Botswana, en cambio, la prevalencia del hambre se incrementó, pese al repunte de la economía nacional.

Resulta revelador que el PIB agrícola en Perú creció aún más rápido que el resto de la economía, impulsado en parte por la diversificación hacia exportaciones no tradicionales con valor añadido que permitió un gran aumento de los ingresos agrícolas y la creación de puestos de trabajo en el sector de la elaboración. El PIB agrícola en Botswana se redujo casi un 40 por ciento.

Muchos otros factores contribuyeron a la disparidad entre Botswana y Perú. Por ejem-

plo, Botswana resultó afectado muy gravemente por la pandemia de VIH/SIDA, con más del 35 por ciento de la población adulta infectada. En Perú, la tasa de infección es inferior al 1 por ciento.

Crecimiento económico y reducción del hambre en Botswana y Perú en el decenio de 1990



el crecimiento en las zonas rurales y en el sector agropecuario tenía un efecto mucho mayor en la reducción de la pobreza que el crecimiento urbano e industrial.

El análisis de la relación entre el crecimiento y la reducción del hambre revela una pauta similar. Si se agrupan los países basándose en sus logros en la reducción del hambre durante el decenio de 1990, el grupo que realizó progresos hacia la consecución de la meta de los ODM de reducir el hambre fue el único en el que el sector agropecuario creció (véase el gráfico).

Las comparaciones entre países y dentro de éstos ponen de manifiesto además la importancia de la composición del crecimiento. En la India, por ejemplo, la prevalencia del hambre disminuyó de forma pronunciada durante el decenio de 1980, al tiempo que el sector agropecuario prosperó aunque la economía nacional se mantuvo estacionaria. Pero durante la segunda mitad de los años noventa, los progresos en la reducción del hambre se estancaron, precisamente cuando el PIB del país

aumentó y el crecimiento agropecuario sufrió un traspié. Puede observarse un vínculo similar entre el crecimiento del sector agropecuario y la reducción del hambre si se comparan Botswana y Perú, dos países que registraron un rápido crecimiento del PIB en el decenio de 1990, pero con distintas repercusiones en el hambre (véase el recuadro).

Éstos y otros ejemplos tienden a respaldar dos conclusiones, a saber, que el crecimiento económico por sí solo es importante pero no suficiente para reducir el hambre, y que el crecimiento del sector agropecuario de los países en desarrollo tiene repercusiones mayores en la reducción del hambre que el crecimiento urbano e industrial. Asimismo, los progresos también dependen de muchos otros factores, por ejemplo las tasas de infección por el VIH, la apertura del comercio y la estabilidad política, el control de la corrupción y otros aspectos que suelen agruparse bajo el epígrafe de la «gobernanza» (véanse las págs. 10 y 11).

La subnutrición en el mundo

La función del buen gobierno en la reducción del hambre

El análisis de los efectos del crecimiento económico en el hambre y la pobreza indica que las condiciones iniciales influyen enormemente (véanse las págs. 8 y 9). La pobreza disminuye mucho más rápidamente y en mayor medida cuando el crecimiento se produce en lugares donde la situación política es estable, la corrupción es escasa y la productividad agrícola y las tasas de alfabetización son elevadas. Muchas de estas condiciones iniciales favorables pueden considerarse como indicadores de lo que se suele llamar «buen gobierno».

Las definiciones y medidas del buen gobierno varían considerablemente. El Banco Mundial lo define como «el conjunto de tradiciones e instituciones mediante las cuales se ejerce la autoridad en un país» y reúne más de 350 variables para compilar seis indicadores agregados.

Otros organismos de desarrollo, como el Instituto Internacional de Investigaciones sobre Política Alimentaria (IIPA), han sostenido que el buen gobierno incluye también el proporcionar «bienes públicos» esenciales, desde la paz y la seguridad hasta carreteras y electricidad en zonas rurales. Los defensores de un enfoque del desarrollo «basado en los derechos» sostienen que el buen gobierno debe abarcar también el apoyo a derechos humanos esenciales, incluido el derecho a la alimentación.

Las tres dimensiones del buen gobierno son importantes para reducir el hambre y alcanzar la seguridad alimentaria.

Indicadores del Banco Mundial

El análisis económico confirma que los indicadores del buen gobierno propuestos por el Banco Mundial pueden utilizarse para distinguir con notable precisión los países en desarrollo que han conseguido reducir el hambre a niveles relativa-

mente bajos de los que no lo han logrado. Utilizando sólo cuatro de los indicadores –estabilidad política, eficacia del gobierno, imperio de la ley y control de la corrupción– es posible distinguir con precisión los dos tercios de tales países, sin hacer referencia a ningún otro de los factores que se sabe son importantes para reducir el hambre, tales como el crecimiento económico y agrícola (véanse las págs. 8 y 9), los niveles de educación y el grado de la desigualdad en el acceso a los alimentos.

Sin embargo, estos indicadores del buen gobierno son mucho menos eficaces para distinguir entre los países que han avanzado en la reducción del hambre durante el decenio de 1990 y aquellos en que la prevalencia de la subnutrición se ha mantenido inalterada o ha aumentado (véase el gráfico).

Como cabría esperar, los países donde ha empeorado la seguridad alimentaria fueron también aquellos donde menor fue la estabilidad política, más débil el imperio de la ley y más difundida la corrupción. Muchos eran países en los

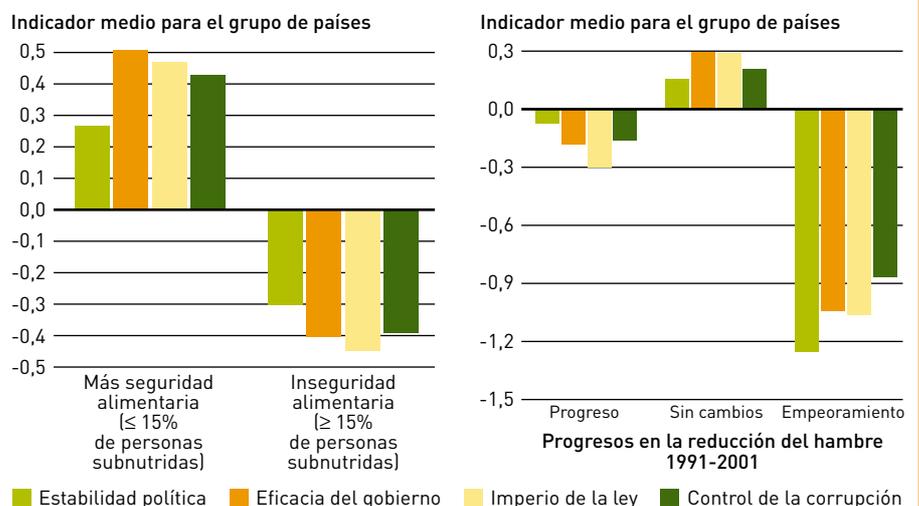
que el conflicto había desbaratado el tejido político y jurídico del buen gobierno. Pero estos mismos indicadores del buen gobierno eran también ligeramente negativos para el grupo de países que consiguieron reducir la subnutrición. En cuanto grupo, sólo los países donde las dimensiones del hambre se mantuvieron inalteradas obtuvieron notas positivas según los indicadores del buen gobierno propuestos por el Banco Mundial.

Este análisis indica que la falta de estos aspectos del buen gobierno puede ser un obstáculo importante para reducir el hambre, pero el logro de progresos depende de otros muchos factores.

Disponibilidad de bienes públicos esenciales

Muchos de estos otros factores se incluyen entre los «bienes públicos» citados por el IIPA como responsabilidades e indicadores del buen gobierno. La paz interna, el imperio de la ley, la infraestructura rural y la investigación agraria,

Indicadores del buen gobierno, seguridad alimentaria y reducción del hambre en el decenio de 1990



Fuentes: Banco Mundial; FAO



por ejemplo, son imprescindibles para incrementar la producción agrícola y reducir el hambre y la pobreza en las zonas rurales donde viven las tres cuartas partes de la población hambrienta del mundo.

Cuando los gobiernos no pueden mantener la paz interna, conflictos violentos trastornan la producción agrícola y el acceso a los alimentos. En África la producción alimentaria per cápita disminuyó, por término medio, el 12,4 por ciento en períodos de conflicto.

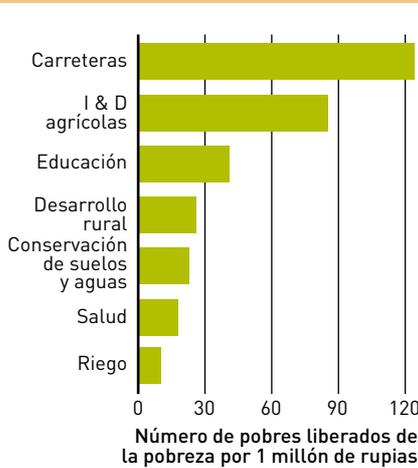
Si el imperio de la ley es débil disminuye la productividad agrícola y la seguridad alimentaria, ya que son precarios los contratos y la tenencia de la tierra y la inversión resulta poco atractiva. Cuando no hay carreteras, electricidad o medios de comunicación en las zonas rurales, resulta difícil y costoso para los agricultores llevar su producción al mercado y obtener fertilizantes y otros insumos agrícolas.

Estudios realizados en China e India han determinado que «la construcción de carreteras es la inversión en bienes públicos más eficaz para reducir la pobreza» (véase el gráfico). Hay pruebas de que ejerce efectos equivalentes en la reducción del hambre. Cuando, a fines de decenio de 1970, se empezaron a aplicar en China contratos seguros de tierras familiares y se comenzó a invertir intensamente en infraestructura rural e investigación agraria, la producción agropecuaria creció y el hambre disminuyó rápidamente. Durante los dos decenios siguientes, la producción total de cereales aumentó un 65 por ciento y la prevalencia del hambre disminuyó en casi dos tercios.

Es evidente que donde menos desarrollada está la infraestructura rural es en los países y regiones con niveles más altos de hambre. Por ejemplo, la densidad de carreteras en África a comienzos de los años 1990 era inferior a un sexto de la existente en la India en la época de la independencia en 1950 (véase el gráfico).

Otra forma de determinar el buen gobierno es examinar en qué medida la inversión gubernamental en la agricultura y en la investigación agraria es proporcional a la importancia del sector

Inversión pública rural y reducción de la pobreza en la India



Fuente: Fan et al.

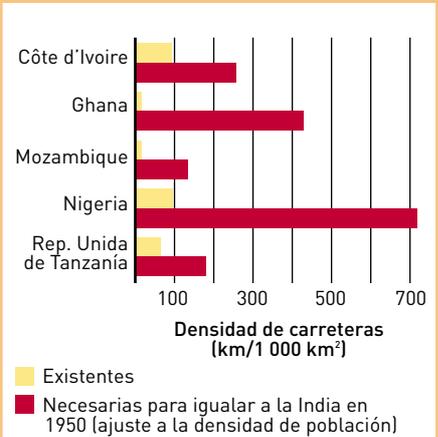
para la economía y el bienestar del país. En los países con mayores niveles de hambre, donde por término medio un 70 por ciento de la población depende de la agricultura, la parte del gasto presupuestario público que se invierte en la agricultura en proporción a la importancia de ésta para la economía nacional es mucho menor que en los países donde la incidencia del hambre es más baja (véase el gráfico).

Buen gobierno y derecho a la alimentación

La afirmación hecha en la Cumbre Mundial sobre la Alimentación del «derecho fundamental de toda persona a no padecer hambre» pone de relieve otra dimensión del buen gobierno: la obligación de los Estados de respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales. Y la adopción por el Consejo de la FAO en 2004 de las «Directrices voluntarias en apoyo de la realización progresiva del derecho a una alimentación adecuada en el contexto de la seguridad alimentaria nacional» proporcionó un instrumento práctico para apoyar los esfuerzos nacionales encaminados a cumplir esa obligación.

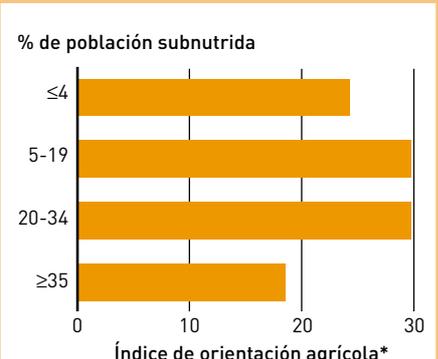
Los efectos del buen gobierno y la seguridad alimentaria pueden verse en varios países que han reconocido ya un derecho «justiciable» a los alimentos.

Densidad de carreteras rurales en determinados países africanos, comienzos del decenio de 1990



Fuente: Spencer

Empeño en la agricultura en países agrupados según la prevalencia de la subnutrición



* Parte destinada a la agricultura en el gasto del sector público dividida por la parte de la agricultura en el PIB.

Fuente: FAO

En la India, por ejemplo, el Tribunal Supremo exigió obligatoriamente que se proporcionaran almuerzos cocinados en todas las escuelas del país. Tanto la nutrición como la asistencia escolar han mejorado espectacularmente en los lugares donde se ha aplicado el programa, especialmente entre las muchachas. Teniendo en cuenta la importancia decisiva de la nutrición y educación de las madres para romper el círculo vicioso del hambre y la pobreza, los beneficios se dejarán sentir en las generaciones venideras (véanse las págs. 16 y 20).

La subnutrición en el mundo

Las zonas más gravemente afectadas por el hambre: las complejas repercusiones de las catástrofes naturales

Aunque las razones son complejas, la tendencia es evidente: las catástrofes naturales son cada vez más frecuentes, más letales y más costosas. Un simple dato lo demuestra: el promedio de pérdidas anuales debidas a huracanes, sequías, terremotos y otras catástrofes naturales durante el decenio de 1990 fue nueve veces mayor que tres decenios antes (véase el gráfico).

Las consecuencias de las catástrofes naturales son mucho mayores en los países más pobres que en los países más ricos, tanto en términos absolutos como relativos. A menudo sus poblaciones no pueden permitirse emigrar de las zonas expuestas a catástrofes o hacer sus hogares y explotaciones menos vulnerables. Sus economías e infraestructuras tienden a ser menos variadas y más frágiles, de manera que una catástrofe natural puede retrasar todo el proceso de desarrollo.

Las catástrofes naturales también pueden afectar a la seguridad alimentaria de formas desiguales o complejas. Sus repercusiones en los distintos comu-

nidades y grupos varían según el emplazamiento, la ocupación y la condición social de las personas, y se dividen en función de aspectos económicos, políticos y culturales. Prueba de ello puede encontrarse en los efectos de dos catástrofes recientes como la sequía y la infestación de langosta del desierto que azotaron África del Norte y África occidental en 2003-04, y el terremoto y el tsunami del océano Índico de 2004, en particular sus efectos en la provincia indonesia de Aceh.

Sequía y langostas en África

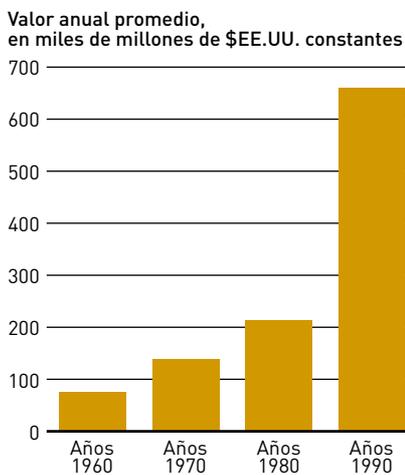
A finales del año 2003, las condiciones climatológicas favorables produjeron un aumento pronunciado de las poblaciones de langosta del desierto en el Magreb y en parte del Sahel. La FAO difundió alertas de una infestación de langostas. A comienzos de 2004, enjambres de langostas se extendían por África del Norte y África occidental y más allá, llegando a Chipre, Egipto, Guinea y Yemen. Sin embargo, la mayoría de los enjambres permaneció en el África noroccidental

y el Sahel alimentándose de las cosechas y la vegetación natural.

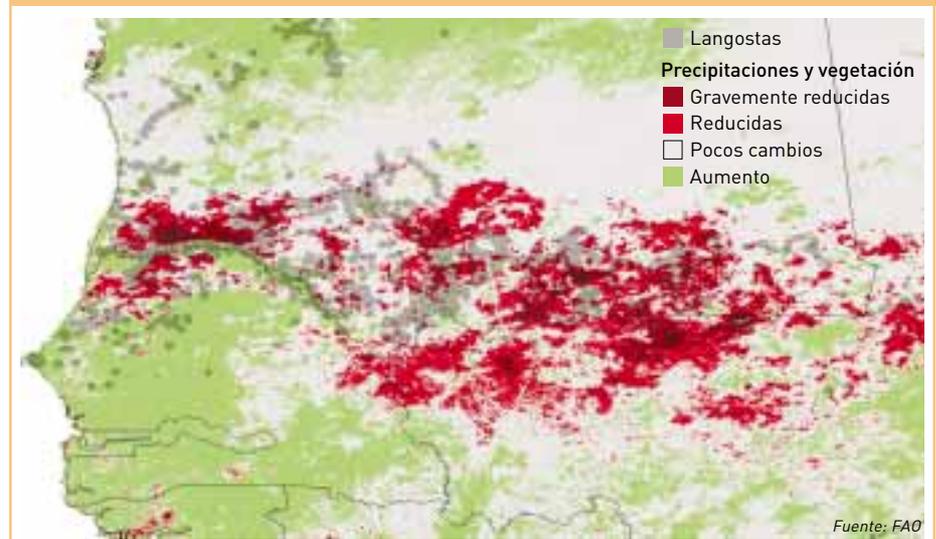
Las precipitaciones en el Sahel siguen una progresión, volviéndose más escasas cuanto más al norte hasta desaparecer casi por completo en el Sáhara. La parte meridional de un país como Malí, por ejemplo, recibe casi el doble de precipitaciones anuales que las zonas habitadas más al norte. Las lluvias se reflejan en la estructura de la actividad agrícola: los sistemas de cultivo intensivo se concentran en la franja sur, la agricultura y la ganadería de subsistencia en la zona central, y la ganadería nómada de cabras y camellos en el extremo norte.

En 2004, las diferencias de precipitaciones entre el norte y el sur fueron más pronunciadas de lo habitual. Las zonas más secas del norte padecieron una grave sequía, mientras que las precipitaciones aumentaron en las zonas más húmedas del sur (véase el mapa). Las langostas del desierto, que son sumamente sensibles a las condiciones ambientales, prefirieron el clima seco y la escasa vegetación del norte. Devastaron por

Pérdidas económicas causadas por catástrofes naturales



Langostas y cambios en las precipitaciones y la vegetación en el Sahel, 2003-04





completo los cultivos y pastos del norte, que son marginales en los mejores años, y perdonaron en gran medida las zonas de vegetación comparativamente exuberante del sur.

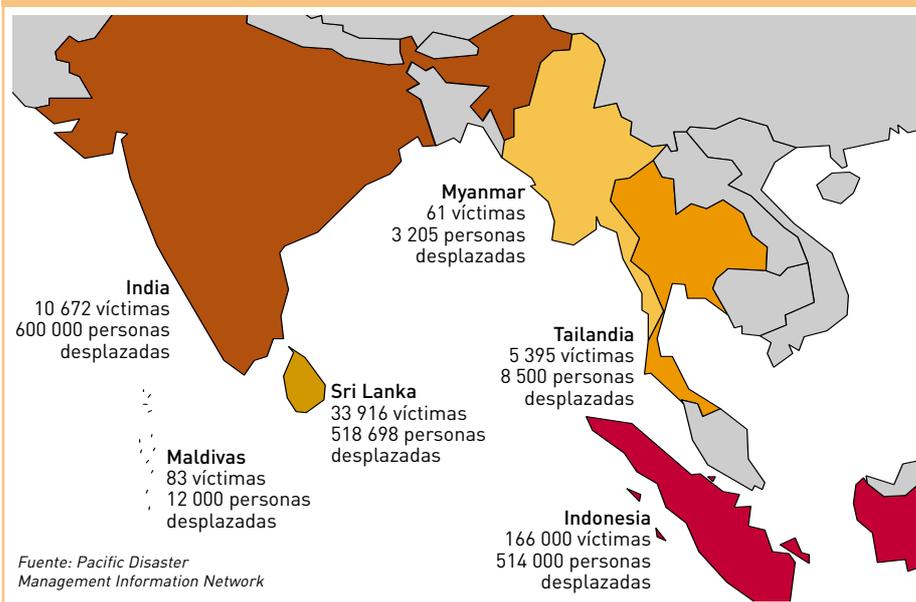
Puesto que las zonas del sur producen la mayor parte de los alimentos, en la mayoría de los países de la región se evitó una catástrofe de gran alcance. La producción agrícola de la región en 2004 fue cercana al promedio quinquenal. Pero los enjambres de langosta tuvieron efectos catastróficos en Mauritania, donde estuvieron durante más tiempo, y en las zonas septentrionales de otros países. Muchos pastores del norte se desplazaron al sur con su ganado, desatándose conflictos sobre los recursos de tierra y agua. Otros se vieron obligados a vender sus animales asumiendo pérdidas o a abandonar sus explotaciones. Para muchas de las zonas y los grupos de población del Sahel más empobrecidos, la situación habría de seguir siendo desesperada hasta la cosecha de octubre de 2005, lo que empujó a varios países a lanzar un llamamiento de emergencia en mayo.

El tsunami del océano Índico

El terremoto que se produjo cerca de la costa de Sumatra (Indonesia) el 26 de diciembre de 2004 fue el más fuerte en 40 años. Desencadenó un tsunami que, según las estimaciones, causó 240 000 muertos y desplazó a más de 1,6 millones de personas de sus hogares. En muchas zonas la pesca y la agricultura costera resultaron destruidas, lo que privó a las comunidades de sus fuentes principales de alimentos e ingresos. Las repercusiones en las economías nacionales variaron considerablemente. En un país grande como Indonesia, los daños económicos fueron graves a nivel local, pero relativamente insignificantes a escala nacional, ya que representaron un 2,2 por ciento del PIB según las estimaciones. Por otro lado, en Maldivas y en otros países pequeños, el tsunami se llevó hasta un 60 por ciento del PIB anual.

Los efectos en la seguridad alimentaria también fueron muy desiguales. Los limitados sectores agropecuarios

Repercusiones del tsunami en países del océano Índico



de pequeños Estados insulares como Maldivas y Seychelles fueron devastados. La producción arrocerá de Indonesia, Sri Lanka y Tailandia no se vio gravemente afectada a nivel nacional.

Sin embargo, muchas provincias costeras sufrieron graves daños, a menudo en comunidades afectadas por elevados niveles de pobreza y hambre antes de la catástrofe. Cerca del 30 por ciento de la población de la provincia indonesia de Aceh, por ejemplo, vivía por debajo del umbral de la pobreza antes del tsunami, casi el doble de la media nacional. Más del 35 por ciento de los niños menores de cinco años presentaban ya insuficiencia ponderal. Con los botes de pesca, las redes y otro equipo destruidos y muchas familias de pescadores arrancadas de sus hogares, se preveía que la producción de la pesca marina y costera en Aceh se reduciría a la mitad en 2005. Aunque todavía se esperaba que la provincia produjera un excedente de arroz de 200 000 toneladas, muchos agricultores de la costa perdieron dos cosechas consecutivas de arroz.

En Aceh, como en Sri Lanka, los problemas relativos a la seguridad alimentaria se intensificaron por el conflicto que enfrenta desde hace tiempo al gobierno y un movimiento separatista. Des-

pues del tsunami, la persistente inseguridad complicó las actividades de socorro de emergencia y rehabilitación.

Las catástrofes naturales y el desarrollo

Como ponen de relieve estas dos emergencias diferentes, aun cuando no reducen el suministro total de alimentos de forma significativa, las catástrofes naturales pueden tener repercusiones desastrosas sobre determinados grupos de población. Los más pobres y los más vulnerables suelen ser los más afectados, lo que empeora las condiciones de pobreza y malnutrición. Las catástrofes también afectan a los medios de subsistencia frágiles hasta el punto de desplazar a poblaciones y hacer necesaria una rehabilitación a largo plazo. Por último, tienden a afectar a países que son pobres y además no están preparados, lo que frena su ritmo de desarrollo.

Esta devastación es el motivo por el cual en la Conferencia Mundial sobre la Reducción de los Desastres, celebrada en Kobe (Japón) en enero de 2005, se hizo gran hincapié en la necesidad de incluir explícitamente la prevención y mitigación de las catástrofes en las estrategias nacionales de desarrollo.